



*Escuela
Freudiana
de Buenos Aires*

"El Padre Y Las Mujeres; Dios Y El Ateísmo"

(*) Escuela Freudiana De Buenos Aires, 2009.

Jorge Luis Leiva

-Es increíble: a los 65 años sigo hablando de mi padre, que murió cuando yo tenía 20.

-¿Usted conoce otro tema?

-Sí, las mujeres.

1. La forma del Padre

En los historiales freudianos, la figura del padre aparece con diferentes formas: es el pedagogo del caso Schreber, el tonto que analiza del caso Juanito, el perverso de la histeria. Sin embargo, para Freud y para Lacan, “el padre” es un tema necesario a la estructura del sujeto a causa de su reducción a un significante que va desde “el nombre del padre” a “los nombres del padre” en tanto singularidad del síntoma. Vale decir, el padre es lo que no cesa de escribirse. Ahora bien, mientras que la postura de Freud consiste en salvar al padre, Lacan sostiene que hay que valerse de él. De cualquier manera, se plantee como se plantee, el nombre del padre siempre tendrá su resonancia en la religión –sea cristiana u otra- ya que a Dios se lo puede encontrar en cualquier parte, con la forma del padre o con la forma de la mujer. Entonces bien, antes de indagar en cómo funcionan estos casos particulares –y el ateísmo- ampliaremos la definición de “el padre” un poco más.

El lugar del padre es situado por Lacan de este modo: “... es el que hace de una mujer el objeto a que causa su deseo.”(1) O sea, objeto a que provoca deseo como soporte de la verdad y objeto a que se valida como argumento de una función. Agalma, velo, brillo sustantivizan el objeto y, en consecuencia, le dan su condición de fetiche particular. Por lo tanto, al padre se lo ama y se lo respeta, concretamente, a causa de la orientación que provoca respecto a esa función. Y así, la definición del padre se relaciona con un fetichismo determinado y con el hecho de apegarse a los objetos a de una mujer que son los causantes de su deseo.



*Escuela
Freudiana
de Buenos Aires*

Simultáneamente, otra versión del padre aparece en la estructura (per-versión) o, dicho de otra manera, el padre aparece además como padre muerto de la estructura en tanto ley y orden en la serie de las mujeres. Un padre mantiene la represión en caja y conserva la distancia adecuada respecto a los objetos a de la madre (sus hijos, en el justo-medio). Por todo esto, podemos hablar del padre y de sus versiones, ya que “el padre” no es un nombre puro semblante, sino un hombre que tiene un síntoma respecto a una mujer, mujer que, a su vez, es madre, pero también enigma o nombre de dios.

Desarrollemos esto último un poco más. Cuando “un padre le dice a su hijo: Qué te ha dicho tu padre”, significa que cumple con su función pero no cree demasiado en ella (2). En otra parte, Lacan sostiene: “El orden familiar no hace más que traducir que el padre no es el genitor, y que la madre permanece contaminando a la mujer para el hombrecito.” (3) En estas circunstancias, entonces, el padre deja parte de la libido de la mujer en los chicos y, por tanto, no se comporta como el reproductor sino como el interdictor del orden de la familia –no reintegrarás tu producto-. Así, el padre no es únicamente un semblante, es también un nombre que está a la altura de esa función que no confunde la ley con la legislación, una función pacificadora y generadora de deseo, mientras falla como juez y hace que la salida sea la serie de mujeres.

En suma, su función es necesaria: el nombre del padre es llamado por Lacan como lugar de excepción (al menos uno que no), es también la versión de Tótem y tabú freudiana, y la operación cristiana como incorporación. En el seminario de la identificación Lacan hace una apuesta más fuerte aun, sostiene apoyándose en Freud que “todo padre es Dios” (que desarrollaremos más adelante).

2. El Padre, las mujeres y Dios

El 21 de enero de 1975, en sus conferencias en Estados Unidos (4), Lacan anota que el hombre cree en la mujer en tanto mujer como síntoma (hay dos sexos que no hacen uno) y, además, agrega que siempre se puede creer en una mujer, en dos, o en una especie. Siguiendo esta línea, se establece que a Dios se lo puede encontrar en cualquier parte, con la forma del padre, con la forma de mujer. Acá aparecen dos caras de Dios bajo la égida del Padre, pero también se recorta un Dios Otro que la mujer presentifica, un Dios terrestre capaz de suscitar amores, temblores, terrores. Además, se puede creer en Dios como en la mujer, aunque no en su existencia. Vemos así que estos dos elementos están afectados por la operación de la inexistencia, o sea, ambos se organizan como suposición o hipótesis. (También, vale pensar a “la diosa” como alteridad o enigma radical).



Escuela Freudiana de Buenos Aires

Con la forma de la mujer o del Padre, se encuentra la faz del Otro, cualquiera sea este Otro: Dios siendo soporte del goce femenino. Y esta acotación abre ahora una salvedad. Para el planteo freudiano, el goce femenino se traduce en ser el objeto masculino y su maternidad. Lacan, en cambio, en el Seminario 20, postula una desconexión entre el operador fálico y el goce femenino. El goce fálico queda situado del lado del Universal mientras que, del otro lado, no hay significantes que lo inscriban. Esta operación es binaria, el goce fálico inscribible implica tanto a los hombres como a las mujeres, o bien, aquí no hay inscripción: por lo cual el goce suplementario estaría por fuera de lo discursivo, por fuera del análisis. Para Lacan, concluyendo, el goce femenino está del lado de la exaltación de los místicos, ya que es un goce que nada tiene que ver con el operador fálico, ni con el fantasma, sino con el amor a Dios. Y cuando decimos amor a Dios nos referimos concretamente a: “lo relativo a la vida contemplativa, destinado a unirse con lo divino, del latín: mysticus.” Y también: “Del griego místicos, misterio religioso que deviene myein, que significa cerrar los labios, lo mudo, lo secreto.” (5)

La siguiente cita de las conferencias en Estados Unidos ayuda a cerrar el planteo: “La religión es un síntoma, todo el mundo es religioso, hasta los ateos, ellos creen lo suficientemente en Dios, para creer que Dios no está para nada cuando estamos enfermos. El ateísmo es la enfermedad de la creencia en Dios, creencia que Dios no interviene en el mundo. Dios interviene, por ejemplo, bajo la forma de mujer.”(5)

3. Ateos y ateísmo

El ateo no se encuentra atado ni a alguna promesa de salvación, ni a los misterios de la fe, en realidad, al decir de Gilson, el ateo es aquel que se desentiende del problema, pues es muy difícil comprobar y verificar si el ateísmo es religioso o no. Vale decir, el ateo es aquel al que no le concierne si Dios existe o no existe. La fórmula que Lacan propone respecto al ateísmo es la de que “Dios es inconsciente” (en consecuencia, no lo sustantiviza ni tampoco sustantiviza el inconsciente). Además, vale mencionar la fórmula de Leibniz que plantea que “Dios no se contradice”, mientras que Freud dirá –a lo largo de toda su obra- que el inconsciente no tiene contradicción. Queda claro entonces que el ateo no es el que vocifera ni proclama, por eso, Lacan afirma (en consonancia con Gilson) que el ateo es quien ha podido avanzar sobre el fantasma de la omnipotencia del todopoderoso. “El ateísmo lo pueden ejercer los teólogos, es decir, los teólogos en serio, para los laicos la inocencia siempre es supina.” (6) Tampoco la muerte de Dios proclamada en La gaya ciencia de Nietzsche nos da alguna pista sobre el ateísmo, ya que allí se reencuentra a Dios con la forma del padre glotón, padre de Tótem y tabú (que, dicho sea de paso, constituye el lugar de la madre). Este padre era el poseedor de todas las mujeres y con su asesinato o su incorporación, se establece la madre. Esta creación freudiana es el envés del Edipo, ya que primero el padre, con su



Escuela Freudiana de Buenos Aires

asesinato, retorna en ley, (componiendo el nudo parricidio-incesto) y luego se compone el lugar de la madre.

Para hilarlo con lo anterior: la omnipotencia del todopoderoso es legitimada por una teología basada en resultados que provocan miserias, asesinatos y otro tipo de muertes (los acontecimientos de la Historia lo demuestran). Sólo a modo de ejemplo citaremos lo que tantas veces trabajó Lacan en sus seminarios: En la zona de la Provenza, se amalgamaron saberes tradicionales que habían atravesado sigilosamente las aduanas del catolicismo hasta penetrar en la médula de Languedoc, convirtiendo esa zona en el último refugio de una práctica y un discurso alternativo a la iglesia cristiana hasta su liquidación en las postrimerías del siglo XIII. Ellos pagaron el precio por el papel herético respecto del dogma. Otro ejemplo es el origen y nacimiento de la Santa Inquisición. Sin duda, en estos casos, siempre nos referimos a los Cátaros o a los Puros.

Para terminar, dos citas de Simon Weil, de sus últimas cartas, permiten mostrar la hondura y el dramatismo que genera la religiosidad en el hombre, religiosidad que, como ya hemos visto, se articula con las diferentes formas: la mujer o el padre. Weil sostiene primero que los hombres anhelaron suprimir el problema religioso y, parafraseando a Lucrecio, escribe que se lamenta de los crímenes aconsejados por la religión: “No hay ningún ser humano que no sufra en su vida íntima, cotidiana, por la repercusión de un drama religioso, único cuyo teatro es el mundo entero.”(7)

O mejor: “Lo que hace que el hombre no pueda evitar el problema religioso es que la oposición del bien y del mal es un fardo intolerable. En fin, el problema de la moral es un fardo donde no se puede respirar.” Es decir el sometimiento a la moral es una de las caras crueles que muestra el súper yo.

Buenos Aires, enero 2008.

Bibliografía

- 1.- Lacan, J., Seminario 22, R.S.I. (inédito), año 1974-1975
- 2.- Ritvo, J. B., Del padre, Bs. As., Ed. Letra Viva, 2004.
- 3.- Lacan, J., Radiofonía y Televisión, Barcelona Ed. Anagrama, 1997.
- 4.- Lacan, J., Conferencias dictadas en la Universidad de Yale (Desgrabación E.F.B.A), Yale, 1975.
- 5.- Guido Gómez Silva, Diccionario etimológico de la lengua española, Méjico Ed. Fondo de cultura, 1988
- 6.- Lacan, J., Seminario 20: Aún, Barcelona-Buenos Aires, Ed. Paidós, 1981



*Escuela
Freudiana
de Buenos Aires*

7.- Weil, S., Escritos de Londres y últimas cartas, Madrid, Ed. Trotta, 2000.

